

JJ BENÍTEZ
CABALLO
DE TROYA

3

SAIDAN

En esta tercera parte del diario del mayor USA que "viajó" a la Palestina de Cristo, el lector, entre otras fascinantes sorpresas, encontrará la respuesta a una de las grandes incógnitas de la vida del Hijo del Hombre: su infancia. "Algo" que los evangelistas silenciaron, privándonos de una perspectiva más auténtica sobre la más grande figura de la Historia. Nadie, hasta hoy, había tenido la audacia suficiente para atreverse a narrar, paso a paso, cómo fueron esos primeros años de la encarnación humana del Hijo de Dios. Una vida tan inquietante, alegre, dolorosa e intensa como la de millones de seres humanos. ¿Podía imaginar, por ejemplo, que Jesús vivió más de dos años en Alejandría? ¿Sospechó alguna vez que Jesucristo era amante de la música y del dibujo? ¿Qué ocurrió realmente, a sus doce años, en el templo de Jerusalén?

Saidan. Caballo de Troya 3, además, le ofrece una singular narración de las apariciones de Jesús en el lago Tiberíades, así como una desconcertante descripción de su "cuerpo glorioso". Como escribe J. J. Benítez en esta nueva y polémica obra, *"si sus principios religiosos se hallan definitivamente cristalizados y no se siente con fuerza para evolucionar, por favor, no lea Saidan. Caballo de Troya 3"*.

A Irma y Jenny

«Después de un presuroso callejeo nos adentramos en un desahogado salón en obras. A la parca luz de algunas bombillas enroscadas a las columnas, confundidos en una atmósfera de yeso fresco y madera recién serrada, cuatro individuos trajinaban tablones y martillos. Uno de ellos, encorvado hacia un caldero de cemento, canturreaba una doliente melodía árabe.

»Cerré los puños, comido por la emoción. ¿Cuál de aquellos afanosos obreros era el depositario de lo que tanto ansiaba?

»Tras identificar a nuestro hombre, mi acompañante sorteó a los operarios más próximos, saludándoles con sendas y amistosas palmadas en las espaldas. Le vi llegar hasta el que removía la masa e, inclinándose, le susurró algo al oído. Ambos se incorporaron, observándome desde la penumbra. La irregular iluminación le preservó de mi desatada curiosidad. Pero me quedé quieto, tal y como había sugerido el improvisado guía.

»Digo yo que el tronar de mi corazón tuvo que ser escuchado en un amplio radio. Pero nadie alteró su faena.

»Concluido el breve diálogo, el que hacía de albañil arrojó la paleta en el mortero y, restregando las manos en los flancos del pantalón, avanzó hacia mí.

»No pude remediarlo. Me eché a temblar. ¿Había llegado el gran momento? ¿Qué podía decirle? ¿Cómo atacar tan peregrina historia?».

ESPAÑA

Sí, aquél fue un momento de alta tensión. En segundos, todo quedó olvidado: las interminables jornadas de nerviosa y, a veces, irritante búsqueda; las dilatadas horas sobre aquel papel y el refractario enigma; la soledad de los caminos y hasta los múltiples conatos de desesperación y de intento de abandono. Como en una pesadilla, en un abrir y cerrar de ojos, todo eso entró en las páginas del recuerdo. Pero bueno será —en honor y agradecimiento a cuantos se han sentido atraídos por este enigma o me han alentado a no desfallecer en semejante empresa— que relate, aunque sólo sea sucintamente, algunos de los pasos, sucesos y desventuras en que me vi comprometido por obra y gracia del criptograma que cierra mi anterior libro: *Caballo de Troya 2*.

Sin duda, aquellas personas que hayan leído el primero de los *Caballos* recordarán cómo, para hacerme con el fascinante diario del mayor norteamericano, en el que se narran los once últimos días de la vida de Jesús de Nazaret, fue menester una casi franciscana paciencia. En aquella labor policíaca jugaron un papel decisivo un total de cinco enigmáticas y aparentemente absurdas cinco frases:

*EL CENTINELA QUE VELA ANTE LA TUMBA TE
REVELARÁ EL RITUAL DE ARLINGTON.*

LLAVE Y RITUAL CONDUCEN A BENJAMIN.

*ABRE TUS OJOS ANTE JOHN FITZGERALD
KENNEDY.*

*EL HERMANO DUERME EN 44-W. LA SOMBRA
DEL NÍSPERO LE CUBRE AL ATARDECER.*

PASADO Y FUTURO SON MI LEGADO.

Pues bien, como decía, el juego favorito del mayor — los criptogramas— no había concluido. El manuscrito aparecía bruscamente interrumpido, justo al final de la histórica jornada del domingo 16 de abril del año 30 de nuestra era, tras la primera de las misteriosas apariciones del Resucitado a sus once íntimos. Inexplicablemente, al menos para mí, la narración quedaba seccionada en el punto en que los apóstoles y la «cuna» se disponían a viajar hacia el norte: a la Galilea. Por todo final, después de una patética súplica —«¡Dios de los cielos, dame fuerzas para proseguir mi relato!»—, el mayor remataba su diario con este segundo y no menos inquietante enigma:

*MIRA, ENVÍO MI MENSAJERO
DELANTE DE TI, MARCOS 1.2.*

*HAZOR ES SU NOMBRE
Y SUS ALAS TE LLEVARÁN
AL GUÍA MARCOS 6.2.0.*

*EL NÚMERO SECRETO DE SUS PLUMAS
ES EL NÚMERO SECRETO DEL GUÍA,
EL QUE HA DE PREPARAR TU CAMINO, MAR-
COS 1.2.*

Como es natural, yo conocía esta supuesta clave mucho antes de que viera la luz pública, en marzo de 1986. Entonces no podía concebir el porqué de tan dramático y exasperante final. ¿Qué había sucedido? ¿Terminaba ahí la aventura de Jasón? Todo parecía señalar que no; que el diario profundizaba en las restantes apariciones del Maes-

tro. ¿O era sólo mi ardiente deseo de seguir conociendo nuevos detalles sobre Jesús? Durante un tiempo, muy a pesar mío, viví con una inseparable sensación de rabia. Casi de frustración. No me sentía con fuerzas para desplegar una segunda e incierta exploración del criptograma. Y poco faltó para que, sin haberlo intentado siquiera, olvidara allí mismo y para siempre este nuevo desafío. Pero está visto que cada ser humano viene a este mundo con una o varias tareas de las que nada ni nadie pueden apartarle. Ni siquiera uno mismo. Y mi Destino (yo también he aprendido a escribirlo con mayúscula), evidentemente, es salir de una aventura para meterme en otra...

El caso es que —tal y como me temía— aquel distanciamiento de la postrera clave del mayor fue temporal. Esa «fuerza» que vive en mí se encargó de disipar los iniciales sentimientos de impotencia y de desengaño, arrastrándome, sutil y magistralmente, hacia lo inevitable. Y un buen día aparqué mis otras indagaciones y pesquisas, aceptando el reto.

No sé si merece la pena redundar en ello. Mis primeras escaramuzas con este segundo enigma fueron tan estériles como descorazonadoras. Durante semanas no hice otra cosa que marearlo y marearme. Ahora, con la ventaja del tiempo transcurrido, comprendo que, en aquellos días, incurrí en dos errores. Influido por el primero de los criptogramas, sospechando, incluso, que ambos guardaban relación, luché por descubrir alguna pista que me condujera a una nueva llave o apartado de Correos. Deseaba que el desenlace de este misterio pudiera materializarse en otro maravilloso mazo de folios manuscritos. Es decir, en lo que suponía la continuación del diario del mayor. Éstas, como digo, fueron las dos primeras y lamentables equivocaciones que retrasarían mi labor.

Desde el principio hubo una frase que me trastornó: «el que ha de preparar tu camino, MARCOS 1.2». ¿Qué demonios encerraba? ¿Cuál era ese camino? ¿O no se trataba de un camino, tal y como yo presumía? Ahora lo veo con nitidez. Ojalá entonces hubiera sido tan hábil como para olvidar la preconcebida idea de un legado, centrando mis fuerzas en otras «posibilidades». Pero las cosas debían seguir su curso natural.

Ni que decir tiene que consumí decenas de horas arañando hasta la más nimia e inverosímil de las hipotéticas combinaciones de letras, palabras y frases. Como en el primer desafío, hice bailar los vocablos del criptograma, buscando una secreta lectura del mismo. Me estrellé una y otra vez. Aquello no guardaba el menor sentido. Ni en el original, en inglés, ni en castellano, supe hilvanar una sola frase que arrojara un poco de luz a mi fatigado cerebro. Pensé en ocasiones que quizá me empeñaba en penetraciones tan profundas y retorcidas como inútiles. Tal vez la solución se hallaba en la «superficie» del enigma. Pero, empecinado en tales maquinaciones, tardé mucho tiempo en comprenderlo.

Recuerdo, repasando ahora mis notas, que hubo un momento en el que llegué a tomar el verdadero camino. Prescindiendo de los tres exasperantes «MARCOS» y de sus respectivas numeraciones, el mensaje del mayor —aceptándolo como tal— presentaba cierta lógica, dentro del hermetismo de cualquier criptograma. Desde esta perspectiva, y leído de corrido, el texto decía así:

«Mira, envió mi mensajero delante de ti. Hazor es su nombre y sus alas te llevarán al guía. El número secreto de sus plumas es el número secreto del guía, el que ha de preparar tu camino».

La más elemental deducción —digamos que leyendo «en superficie»— puso ante mí dos «personajes» aparentemente distintos: el mensajero, cuyo nombre era Hazor, y un guía. Pujando por desenmarañar las intenciones de mi ami-

go, el mayor, consideré un sinfín de hipótesis. ¿Quién era el tal Hazor, mensajero alado? ¿Qué significaba que lo «enviaba delante de mí»? ¿Era menester esperar a que algo o alguien apareciera en mi presencia? Desde el primer instante rechacé la última posibilidad. Conociendo un poco el laberíntico estilo del ex oficial de la Fuerza Aérea norteamericana, era más que dudoso que quien se enfrentara al enigma debiera sentarse y aguardar la misteriosa aparición del citado Hazor... El mayor, de nuevo, jugaba con los símbolos. Y ése era el problema. Evidentemente, prosiguiendo con esa interpretación literal, el mensajero disponía de alas y de plumas. Pensé en un azor, en la conocida ave de rapiña. Pero, amén de la H sobrante, la ardua tarea de contar el número de plumas de estas rapaces me hizo desistir. Consulté a expertos ornitólogos. Las respuestas —como imaginaba— fueron desalentadoras: resultaba muy difícil, casi imposible, hallar dos azores con el mismo número de plumas. Claro que también podía tratarse de un azor de piedra, o de una pintura de dicha ave, enclavados en Dios sabe qué lugar del mundo. La posible pista se me antojó tan endeble como fatigosa. Y poco a poco se disipó entre mis manos.

Fue en aquellos días de 1985 cuando, siguiendo el rastro del «mensajero», en una de las primeras consultas bibliográficas, se levantó ante mí como un presagio. «Hazor» o «Ḥāṣōr» existía. Leí aquella documentación atropelladamente. Se trataba de una remota ciudad bíblica, localizada en lo alto de un *tell* o colina artificial, denominado «Tell el-Qedah o Tell Waqqās, entre los lagos el-Hūleh y Tiberíades, al norte de Israel. Como decía, fueron instantes de lucidez y de lógica excitación. ¿Una ciudad bíblica llamada Hazor? Quizá ahí estuviera la clave. Pero, desafortunadamente, al volver sobre el enigma, mis tímidas esperanzas naufragaron. Allí se hablaba de un mensajero, no de una ciudad. Era muy posible que el mayor hubiera conocido Hazor, pero ¿cómo asociar la hipótesis de un ser con alas y unas ruinas arqueológicas? Mi proverbial torpeza y quizá un asfixiante

sentido de la racionalidad sepultaron lo que, sin lugar a dudas, había sido una excelente intuición. ¡Cuándo aprenderé a dejarme llevar por ese oculto y maravilloso sentido!

Además, y para terminar de sofocar esta luz inicial, los tres «MARCOS» y los números adyacentes cayeron sobre mí como otras tantas losas. Sencillamente, me perdí en la astuta trampa del mayor. ¿O no fue una trampa? Desde un principio, casi desde la primera lectura del criptograma, varias de las frases —con el ladino remate del Marcos 1.2 o Marcos 6.2.0— me llevaron inexorablemente a la Biblia. Repasé el evangelio de Marcos y comprobé cómo parte del capítulo uno, versículo dos, era idéntico a lo escrito por el mayor en la primera, segunda y última líneas. El citado evangelista dice textualmente en 1,2: «Comienzo del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios. Conforme está escrito en Isaías el profeta: “Mira, envió mi mensajero delante de ti, el que ha de preparar tu camino”».

En cuanto a la segunda supuesta cita del Nuevo Testamento (Marcos 6.2.0), la lectura de la misma sólo contribuyó a encharcar mi ánimo. Para empezar, no existe tal cita. Y me explico. No existe como Marcos 6.2.0. Sí como Marcos 6,2. El escritor sagrado, en su capítulo seis, versículo dos, dice así: «Cuando llegó el sábado se puso a enseñar en la sinagoga. La multitud, al oírle, quedaba maravillada, y decía: “¿De dónde le viene esto?, y ¿qué sabiduría es esta que le ha sido dada? ¿Y esos milagros hechos por sus manos?”».

No pude o no supe descifrar la posible conexión entre ambos textos. Había, además, otro pequeño-gran detalle que me sublevaba. Consulté a varios escrituristas bíblicos y todos fueron rotundos: los dígitos de las citas del Antiguo o Nuevo Testamento jamás se presentan separados por puntos. Siempre por una coma y un guión o con el primero de los números —el correspondiente al capítulo—, en una tipografía más acusada. El mayor había manejado la Biblia. La conocía muy bien. ¿Cómo interpretar entonces aquel fa-

llo? ¿O no era tal? En este caso, ¿qué había querido decir con esas tres cifras —6.2.0— amarradas, o supuestamente amarradas, al nombre de Marcos?

Obstinado, me aventuré en el tortuoso mundo de las citas bíblicas, batallando por desvelar las posibles ramificaciones de aquellos dos pasajes de Marcos. Y de un texto fui saltando a otro, en una loca carrera, cada vez más vertiginosa. Quizá fuera mi afán por encadenar las pistas —o quizá la indudable «magia» del criptograma, tal y como se verá más adelante— lo que, de vez en cuando, me hacía ver insospechadas y asombrosas vinculaciones entre muchas de las citas consultadas. Por suerte y por desgracia, a principios del año 1986 —una vez publicado *Caballo de Troya 2*—, comencé a recibir decenas de cartas, informaciones y sugerencias en torno al enigma. Todo aquello, durante algún tiempo, terminó por conducirme a un peligroso y permanente estado de excitación y nerviosismo, muy próximo a la locura. Sin embargo, algunas de las ideas proporcionadas por los lectores, aunque no condujeran a la solución última y material del criptograma, apuntaron «algo» que yacía en lo más hondo del mensaje y que, como señalaba anteriormente, le confiere un halo mágico. Como si no hubiera sido confeccionado por una mente humana. Como si encerrara entre sus palabras y letras varios y preciosos tesoros, sólo distinguibles con las «herramientas» de la Kábala, de la Numerología o de la imaginación. Pero vayamos paso a paso...

Gracias al cielo, mis incursiones en la Biblia —siempre a la caza y captura de alguna clave segura— concluyeron a las pocas semanas y como consecuencia de un cansancio total. El encadenamiento de citas, amén de las mil posibles interpretaciones, todas ellas subjetivas, no me llevó a nada palpable o concreto. Una de estas pesquisas —pacientemente trazada por uno de mis lectores: Luis Astolfi— levantó, en parte, mi malparado ánimo. Partiendo del primero de los textos de Marcos (1,2), fuimos a parar a otro de Ma-

laquías (3,1) en el que puede leerse: «He aquí que voy a enviar un mensajero, que preparará el camino delante de mí...».

A su vez, como había tenido oportunidad de experimentar en decenas de ejemplos precedentes, este pasaje nos catapultó a otro, también de Malaquías (4,5), aparentemente enganchado al primero: «He aquí que yo enviaré a Elías, el profeta, antes de que venga el día de Yavé, grave y terrible». Y de ahí, con la esperanza de que Elías pudiera significar algo en la cada vez más intrincada tela de araña del enigma, fuimos saltando a Malaquías (3,23), a Mateo (11,10-14), con una nueva aportación referida a la huida a Egipto, a Mateo (17,1-13), a Marcos (9,2-13), otra vez a Malaquías (3,1), a Lucas (1,17-76), a Juan (1,6-26), a Isaías (63,9), etc. Paralelamente, de Marcos (6,2) podía uno introducirse en textos de Mateo (13,53-58) y de Lucas (4,16-30) ..., y así, casi, hasta el infinito. De todas formas, Astolfi concluía su exposición con unas frases que reproduzco literalmente y que, como digo, constituían una posibilidad. Una difícil y remota posibilidad que yo había evaluado anteriormente en aquel «manicomio».

«De todo esto deduzco —decía mi amable comunicante— que Hazor está en la sinagoga. El azor es una ave. Ignoro por qué está con H. Puede ser que en las sinagogas (o en una en particular) exista la imagen simbólica del azor, con plumas, cuyo número tiene algo que ver con Elías o Juan el Bautista. Como no conozco ninguna sinagoga próxima, me he detenido aquí.

»La cosa sería investigar en sinagogas y buscar un azor (imagen u otra cosa), ver si la H tiene algo que ver, contar las plumas que tengan sus alas (supongo que serán limitadas, al ser una imagen), o ver si tiene algún número simbólico asociado, y ese número enlazarlo con el guía Elías o Juan el Bautista (que ignoro lo que puede representar). Ello preparará el camino».

La sugerencia me inyectó ánimos. Desenterré la vieja pista y, por espacio de algunos días, busqué afanosamente. Fue inútil. Ni los rabinos a quienes pregunté, ni la Asociación para la Amistad Hispano-Judía, ni mis amigos en Israel supieron orientarme. Y el asunto del azor en las sinagogas, del «guía». Elías o Juan el Bautista, fue archivado. Había que abrir nuevos senderos, nuevas posibilidades. Pero ¿cuáles?, ¿en qué dirección?

Algo sí había aprendido en aquel caótico ir y venir por la Biblia, deslumbrado por las alusiones evangélicas del mayor: éstas, casi con seguridad, no guardaban relación alguna con la solución del criptograma. Mi corazón me decía que eran un puro espejismo. Un truco. Quizá parte del juego. Y ese firme pero subterráneo sentimiento seguía recordándome una palabra, una pista —«Hazor»— que yo, con idéntica obstinación, relegaba una y otra vez. Para qué engañarme y engañar al lector. Desde un principio, desde que supe de la existencia de la ciudad bíblica, comprendí que debía viajar a Israel. Pero antes, quizá por mi exacerbado espíritu analítico, traté de apurar hasta la última probabilidad.

En algún momento de esta desordenada exposición — que refleja en cierta medida lo atropellado y confuso de mi propia búsqueda— he hecho alusión a la indudable «magia» contenida en el enigma. Pues bien, ésta sería otra de las causas de mis continuos y prolongados escauceos en direcciones aparentemente improductivas, de cara a la resolución del criptograma, pero todas ellas fascinantes. No me cansaré de repetirlo: el «mensaje» parece tener vida propia. Encierra y oculta otros «mensajes» secundarios que —me consta porque obran en mi poder— han maravillado a cuantos lectores han tenido la paciencia e instinto de descubrirlos y «trabajarlos». Una de esas sorpresas llegó hasta mí de la mano de la Kábala.

Aunque siga siendo un lobo solitario en muchas de mis aventuras e indagaciones, hace tiempo que comprendí que el trabajo en equipo arroja siempre resultados altamente provechosos. De ahí que, sin titubeos, desde el momento en que hice mío el nuevo desafío del mayor, solicitara la opinión y generosa ayuda de un escogido grupo de expertos en las más dispares disciplinas. Y los kabalistas, naturalmente, aceptaron lo que, a primera vista, sólo se presentaba como un juego.

Resultaría agotador desmenuzar aquí las asombrosas deducciones que, uno tras otro, fueron destilando del enigma estos estudiosos de la «otra cara» de la Biblia. Sirva como una pequeña muestra de cuanto afirmo el arranque de una de las misivas, obra de un eminente médico —el doctor Larrazábal—, en respuesta a mis requerimientos.

«Lo primero que llama la atención —escribía este magnífico investigador de la Kábala, en relación al criptograma— es el nombre del mensajero: HAZOR. ¡Qué raro pájaro!, porque en español azor no se escribe con hache. Luego, este nombre está camuflado y quiere decir otra cosa.

»Esta forma de ocultar palabras es frecuente en los libros sagrados y se resuelve mediante una operación llamada "Gilgul", que en hebreo significa "trasposición" o "revolución" y que consiste en trasponer el orden de las letras de la palabra para hallar su real significado. Por ejemplo: el Éxodo dice "enviaré ante ti a M'laki (el ángel)". Por trasposición obtenemos Mikael, el arcángel guía y protector del pueblo hebreo.

»Así, por trasposición de la palabra HAZOR, obtenemos "ZOHAR", que en hebreo significa "luz". El *Zohar*, junto al *Sepher Ietzirah*, constituyen los dos principales tratados de Kábala teórica, así como el *Tarot* y las *Schemanphoras* lo son de la Kábala práctica o aplicada.

»De forma que ya tenemos el nombre del "mensajero"; ahora vamos a contar sus "plumas" para ver si averiguamos la naturaleza del "guía" y del "camino".

»La palabra "Zohar" consta, como ves, de tres letras hebreas, que tienen los siguientes valores numéricos: "resch" = 200; "hé" = 5 y "zain" = 7. O sea, sumados, 212. Éstas serían las "plumas del hazor" y su número secreto (2 + 1 + 2), el 5. Si ahora te acuerdas de lo que te escribí en mi carta anterior, el "cinco" constituye el número secreto de Jesús. Recordarás que te decía que Yavé era el gran nombre de cuatro letras —el "cuatro"—, mientras que "lesuhé" era el "cinco", y la gran relación que existía entre ambos nombres. No insistiré en ello. Este "cinco", repito, es el número secreto de Jesús, porque su valoración numérica, correspondiente a cada letra hebrea, arroja la suma total de "2". Esto es lógico, al ser la manifestación del Verbo o segunda persona de la Trinidad divina. El "dos", por tanto, sería su número "natural", mientras que el "cinco" sería el secreto, motivado por provenir de su gran nombre de cinco letras...

»De este modo, las alas del "hazor" nos han llevado al guía que ha venido a preparar nuestro camino. De este Guía no te comento nada; tú lo conoces mejor que yo, y sabes que Él mismo es el camino...

»Pero prosigamos y veamos qué nos dice el *Zohar* del "camino". Para ello vamos a utilizar un procedimiento distinto. En vez de tomar los valores numéricos kabalísticos de las tres letras de la palabra, vamos a disponer, simplemente, de los números de orden en que dichas letras aparecen en el alfabeto hebreo. Así, "resch" es la letra 20. "Hé" es la 5 y "zain" la 7. De modo que $20 + 5 + 7 = 32$ (que también daría "5"). Tenemos de este modo el número principal que se desprende del contenido del análisis del *Zohar*: el 32. Son, precisamente, los 32 "senderos" del *Sepher letzirah* o Libro de la Formación...».

El estudio, apasionante, alcanza cotas inimaginables, sólo comprensibles para aquellos que conocen los misterios de la Kábala. Pero no voy a extenderme en los «hallazgos» de mi buen amigo y consejero el doctor Larrazábal. Me encanta que el lector juegue y participe conmigo, aunque sólo